

EL TIO CAMORRA,

PERIODICO POLITICO Y DE TRUENO.



BORRASCAS DEL CORAZON.

No lo digo por el drama de Rubi; hablo de la comedia de Sagasti. No me refiero al coliseo de la calle del Principe, sino al teatro de la plaza de Oriente; no voy a ocuparme de la Matilde Diez y de Romea, sino de otros actores que hablan mas y conmueven menos; actores menos inspirados aunque mas enérgicos, que olvidan con frecuencia su papel, para entregarse a las imprudencias y a los exabruptos de la improvisacion. Hablo en fin del drama revolucionario trágico-burlesco representado, si no con aplauso, con estrepito, por los padres de la patria en el edificio del Congreso, celebre por sus bailes de máscaras y otras escenas de carnaval.

Tarea es esta que no se como la he de concluir, y no es extraño, porque tampoco se como la he de empezar. Quisiera hablar de las

tribunas y se me va la vista á la mayoría; quisiera hablar de la presidencia de Rios Rosas, y retroceden mis ojos para clavarse en la faz livida y desencajada de los maceros. Miro á Narvaez, á Mon, á Pidal, á todos los desesperados que amenazan sepultar á Sagasti entre las babas de su hidrofobia reaccionaria; y cuando creo haberme fijado en Sagasti, desaparece la caricaturesca figura de este pobre demonio en el conjunto grotesco que representa la minoría. No sé por dónde comenzar: voy á hablar del desórden, y me creo facultado para infringir el órden, salvo el parecer de D. Fernando Corradi, el escritor mas inteligente de nuestros días, en su opinion; el orador mas correcto y elocuente de la época, en su concepto; el hombre de estado del partido progresista, segun su poco juicio; en una palabra, el Narciso politico, que admira diariamente la gracia y la morbidéz de sus formas intelectuales en la fuente del *Clamor Público*.

La restauracion española se parece á la restauracion francesa en lo que tienen de común todas las restauraciones, en la ferocidad con que las mayorías manifiestan su impotencia moral. Hay aquí una minoría menos decidida, y me atreveré á decir que menos liberal. Hay muchos Bourdonnaies, muchos Castelbajacs, muchos Salaberrys y muchos Marcellus, que como los frailes de 1823 quisieran esterminar la sangre liberal hasta la quinta generacion; pero falta un Manuel en la oposicion que desafie la cólera de los realistas con entereza, que responda con valor á las amenazas, que haga el bosquejo veridico de todas las personas y de las cosas tales como son, y que una vez anunciada la tempestad espere tranquilo el rayo que ha de aniquilar para siempre su vida parlamentaria. Es verdad que todas las cosas guardan su proporcion matemática en el mundo. La minoría francesa de 1823, hija de la libertad y de la gloria, y precursora de la revolucion de 1830, necesitaba por intérprete de sus sentimientos á Manuel; la minoría española, por lo que puede inferirse de la sesion del jueves último, tiene mas que suficiente con el señor Sagasti. La conducta de Manuel esperando con imperturbable serenidad á que la gendarmería le arrancase de la cámara, recordando aquellas palabras sacramentales: «no saldremos de aqui sino por la fuerza de las bayonetas»; fué el prelude de la sublime y generosa revolucion de julio, tan desnaturalizada despues por los inicuos doctrinarios; la conducta de D. Luis Sagasti, solicitando retirar una proposicion porque irritaba á la mayoría, que no tenia en su favor otra ventaja que la de ser mayoría; implorando el perdon por faltas que no habia cometido, y concluyendo por ofrecer su sangre en defensa de la misma persona á quien acababa de acusar, nos dice lo que deberemos esperar de esos hombres que han enterrado la libertad tres veces, y solo tienen el remordimiento de no haber cantado sus funerales.

El *Tio Camorra* no ha podido nunca comprender por qué las mayorías que cuentan siempre con el triunfo de la votacion se acaloran por cualquiera frase, por la mas inocente palabra que en su concep-

to pueda atacar su moralidad política. Si el que ataca á la mayoría no tiene razón necesariamente ha de quedar vencido, porque no tiene razón, y si la tiene también ha de quedar vencido en virtud de ese principio, falso en algunas ocasiones, de que muchos tienen mas razón que uno solo. Sin embargo, las mayorías han dado en todos tiempos pruebas de quisquillosas, susceptibles en extremo, por el estilo de las malas mugeres cuya virtud se pone en duda, que se encolerizan contra el que ataca su honra, no tanto por lo que se las dice como por ser verdad lo que se las dice. Si algun diputado de la oposicion arroja contra la mayoría acusaciones insolentes y destituidas de todo fundamento, estoy bien seguro de que la mayoría ni siquiera llegaria á quejarse de la calumnia, contestaria con dignidad, tal vez con el silencio á las injurias, y quedaria satisfecha y aun repleta ante el pais con el triunfo de la votacion. Pero lo que las mayorías no perdonan nunca es que se las diga la verdad: prefieren cien calumnias á una razón, porque de las calumnias pueden defenderse con pruebas, al paso que la razón no se destruye con subterfugios ni con la mayor suma de bocas dispuestas siempre á decir que sí debiendo decir que no, ó á decir que no á la faz de todo el pais, que dice que sí, y por eso se revelan y se espeluznan y lanzan rugidos feroces contra el que tiene bastante osadía para decir la verdad, mas que si lo que contra ellas se digese fuera una calumnia. Por eso cuando el señor Sagasti dijo en la sesion del jueves que si la duquesa de Rianzares habia hecho algo por la nación española, también era cierto que aquella señora estaba altamente recompensada; la mayoría menos atenta á los intereses del pais que á los compromisos contraidos con la princesa napolitana, se olvidó de que estaba en el Congreso para entregarse de lleno á los desórdenes de una pasión lastimada, sofocó la voz del orador con los alaridos de un condenado, insultó á la minoría, desafió al pais si el pais tenia el atrevimiento de sospechar del ídolo de los reaccionarios, y ofreció á la posteridad, sin razón, uno de esos espectáculos borrascosos que han de causar espanto en las crónicas del gobierno representativo. Y digo que ofreció, sin razón, ese espectáculo, porque no tenia necesidad de esforzarse tanto en defender á una señora cuya conducta ejemplar la pone al abrigo de toda murmuracion; á una señora tan española, que hasta las pomadas se hacia llevar de Madrid á Paris por no dar que ganar á los franceses; tan cristiana que solo abandona los negocios publicos para visitar las iglesias; tan generosa que ha dispensado proteccion á los que la han solicitado; tan sentimental que ha hecho derramar lágrimas á todos los españoles; y en fin, tan popular, que ha preferido al título de reina viuda el de esposa de un particular. Se me olvidaba añadir que esta señora es tan magnánima que ha perdonado las injurias de Gonzalez Brabo. ¿Por qué pues la mayoría tomó tan á pechos las palabras del señor Sagasti? ¿Qué necesidad tenia de atacar la inviolabilidad de un diputado, estando como podia estar segura de que el pais habia de hacer justicia á una señora tan simpática, tan querida de

los españoles, que cuando volvió de Francia esta última vez la llamaban *Cristina la deseada*, con tanta justicia como cuando llamaban á su difunto esposo *Fernando el deseado*. Hubieran dejado divagar al señor Sagasti, que nada importaba que se cebára contra las reconcidas virtudes de una gran señora, porque en el pecado hubiera llevado la penitencia el insolente diputado. La nación en peso levantaría su voz para decir á Sagasti:—Hombre inconsiderado, ¿sabes tú lo que estas haciendo? Si renegáras de tus principios, podíamos perdonarte; si levantáras armas contra la libertad podríamos disimular tu extravío; si hicieras traición á tu patria podríamos mirarte con indulgencia; si dudáras del evangelio podríamos compadecer tu locura; pero eso de poner en tela de juicio las virtudes de ese tallo benéfico acariciado por los célebres resplandores del sol de Italia; eso de acusar á nuestra mamá que tantos sacrificios ha hecho para asegurar el porvenir de sus numerosos hijos, es un acto de demencia que debe castigarse encerrándote en Zaragoza.—Y Sagasti hubiera experimentado los rigores de su imprudencia.

Pero esa mayoría impaciente é intolerante como todas las mayorías, desaprovechó la ocasión de hundir para siempre á los enemigos de doña María Cristina, cuyas virtudes son tan puras, y que el mismo autor de las cerraduras del *Guirigay* ha venido á reconocerlas, confesarlas y aplaudirlas.

Veamos qué hizo la minoría: no hizo otra cosa, según publica su voz, que contribuir á que el señor Sagasti se retractara ignominiosamente. Y para juzgar si la minoría obró lo tan acierto en esta ocasión, necesitaremos hacerla esta pregunta: Prescindiendo de la oportunidad ó inoportunidad de que el señor Sagasti se empeñase en cuestión tan delicada, ¿era falso lo que dijo este diputado ó era una verdad justificable? Si lo primero, debió la minoría unir su voz á la de la mayoría y castigar la insensatez de un soldado insubordinado; si lo segundo, en vez de aconsejarle la retractación, lo que procedía para dejar su pabellón bien puesto, era prohibir la proposición y lanzarse á cuerpo descubierto en la pelea: pero la minoría no hizo nada de esto: algunos de sus más ilustres miembros hablaron para disminuir la gravedad del asunto, distrauyendo la atención del Congreso con estemporáneos dimes y diretes, lo cual será muy diplomático, muy ingenioso; pero poco caballeresco, poco franco, y la franqueza es una de las circunstancias que no deben olvidar jamás los que han osado tremolar la bandera del pueblo, de cuyo fondo nunca ha podido arrancar la metralla de los cañones enemigos estas elocuentes palabras:

A los que mueren dándonos ejemplo

no es sepulcro el sepulcro, sino templo.

Réstame hablar de la conducta que observó el señor Sagasti en esta sesión tristemente memorable, y me atreveré á indicar la que en su lugar hubiera observado el *Tío Camorra*, para que se tome en cuenta por sí alguna otra vez se repite la función. Al señor

Sagasti, es verdad, le faltó el apoyo de sus amigos, de cualquiera persona que le aconsejase en lance tan apurado, lo que convenia á su decoro y al del partido progresista; y muy al contrario, todos los amigos políticos que le rodeaban, acobardados como él con el aspecto amenazante de la mayoría y del gobierno, le pidieron por favor, le suplicaron que retirase la proposicion, y la retiró, ó por mejor decir, trató de retirarla, pues no pudo verificarlo porque la mayoría alentada con la pusilanimidad de la oposicion, se opuso tenazmente á que la proposicion se retirase. A las palabras del señor Sagasti pidiendo que se le permitiera retirar su proposicion, sucedió uno de esos momentos de fiebre para todos los partidos; los progresistas palidieron al pronto bajo la impresion del golpe que heria en el corazon de la santa causa de la libertad; los moderados se indignaron porque al ver el arrepentimiento del que habia osado arrojar dardos contra el decoro de su reina y señora, llegaron á convencerse de que los acusados podian tomar la actitud de acusadores, y aunque solo fuera por el lustre del nombre español, los moderados y los progresistas, los absolutistas, los republicanos y los indiferentes ocultaron por un momento el rostro matizado por el carmin del rubor que se agolpaba á sus mejillas. La funcion, que habia empezado con pretensiones de tragedia, tomaba el camino de una verdadera farsa, y la mayoría exclamó con el acento de la desesperacion: ¡nó! ¡nó! y la mayoría estuvo en su lugar, porque ya no debia abandonar un punto que la proporcionaba el triunfo moral, ademas del triunfo numérico sobre sus contrarios, y porque hubiera sido indigno de la representacion nacional, que un debate llevado al mayor grado de tumulto que nos ofrece la historia de la convencion francesa, terminase de la misma manera que un duelo entre dos barbilampiños que se disputan la posesion de una coque, ta, con un abrazo y una taza de café.

¶ Pero como si no fuera bastante lo que ya habia hecho el señor Sagasti en obsequio de sus antagonistas, como si no hubiera revolcado demasiado por el lodo la bandera del progreso, en cuyo regimiento tiene por lo menos el grado de subteniente, tácitamente reconocido, todavía hizo mas, todavía necesitó reunir sus fuerzas y sus ideas, ¿para qué? para jurar que estaba dispuesto á derramar su sangre en defensa de la augusta madre de la reina, es decir, de aquella misma señora de cuya moralidad habia sospechado.

¶ Aquí es donde viene como de molde el decir lo que el *Tio Camorra* haria siendo diputado, que es lo que harian todos los que conocen la importancia de la mision de representar al pais. Dificilmente se presentaria el *Tio Camorra* á acusar á nadie sin estar convencido de la verdad, y sin tener pruebas en que apoyar sus asertos. Si el señor Sagasti carecia de la razon y de las pruebas para el combate, ¿por qué fué tan insensato que se espuso á la rechiffa de sus contrarios? Pero cuando el paleta de Torrelodones se presentara en la palestra; cuando hubiera dejado escapar una palabra impru-

dente, estima tanto la consecuencia en los hombres, que, como decia el gran revolucionario francés, no se retiraria de aquel sitio sino vencedor ó muerto. Porque indudablemente, en el recinto de la representacion nacional no tienen lugar las calaveradas, no debe soltarse una especie, una idea, una frase, una palabra que no sea el fruto de la meditacion y del convencimiento; por eso una vez emprendida la lucha se debe aceptar en todos los terrenos, sin temor á las consecuencias; y si el encono de los mas puede atraer sobre la cabeza del que defiende la verdad los mas grandes peligros, debe decir como Manuel, arrojado de la cámara por los reaccionarios: «Yo sé muy bien que el campo de la libertad ha sido fecundado muchas veces por sangre generosa.» El señor Sagasti, en el supuesto de que tuviera razon en lo que habia ocasionado el tumulto, debia haber esperado tranquilo la ocasion de repetir estas otras palabras del diputado de la Vendée: «Declaro que no reconozco aquí en nadie el derecho de acusarme ni de juzgarme. Busco por do quier mis jueces, y no encuentro mas que á mis acusadores: no espero, pues, un acto de justicia, sino un acto de venganza, al que me resigno. Profeso un gran respeto á las autoridades, pero respeto mucho mas las leyes que las han establecido; y no reconozco el poder de aquellas desde el instante en que con desprecio de esta ley usurpan los derechos que ella me ha dado. En tal caso, yo no sé si la sumision es un acto de prudencia; pero lo que sí sé es, que desde el momento en que la resistencia es un derecho, se convierte en un deber.»

Manuel cumplió su palabra; fué necesario que interviniesen las bayonetas para sacarle de su banco. Algunos años despues el cincel de David esculpió en el templo, dedicado á los grandes hombres por la patria reconocida, la estatua de Manuel, emblema del valor civico, enfrente de la estatua de Napoleon, emblema del valor guerrero.

Hizo muy bien el señor Sagasti, ahora que me acuerdo, en la conducta que observó. Entre un Sagasti y un Manuel era preciso que no hubiera nada de comun. En la votacion se vió tambien el valor de los que aspiran á erigirse en perpétuos gefes del partido progresista; al señor Cortina le faltaba tiempo para echar á correr. Afortunadamente el partido progresista no necesita de semejantes gefes: cuenta en su seno hombres de genio, corazones grandes, esforzados y generosos: espíritus privilegiados que podrán encargarse del mando y conducir sus huestas á la victoria. No falta mas que la señal; y cuesta muy poco el darla, ¡Plan, plan, plan! ¡Rucataplan!

EL SEÑOR SANCHEZ OCANA.

Mientras probar no se quiera
que esto es falso testimonio,
digo que son el demonio,

los alcaldes de montera ;
 y de todos el mayor,
 cierto imprudente señor
 capaz de cualquier hazaña ,
 que es hombre de mala maña,
 y á quien llaman en España
 el Señor Sanchez Ocaña.

El hombre mas avestruz
 conocerá enhorabuena,
 que me refiero á una escena
 del teatro de la Cruz.
 Era una escena patética
 y tambien peripatética,
 en que hubo cierta cizaña
 que hizo salir á campaña
 á verter toda su saña
 al señor Sanchez Ocaña.

Al señor gobernador
 hubo una alusion picante,
 y el pueblo gritó al instante :
 ¡salga el autor! ¡el autor!!!
 Todo hubiera concluido
 si el tal hubiera salido ;
 mas desatencion tamaña
 creyó tal vez, cosa estraña,
 juego de pizpirigaña
 el señor Sanchez Ocaña.

Entonces con mas feyyor,
 con mas obstinado empeño,
 el público madrileño
 volvió á gritar : ¡el autor!!!
 Todos reprueban en balde
 la terquedad del alcalde,
 porque ya el ruido le daña,
 y hay quien dice, y no se engaña,
 que no distingue la araña
 el señor Sanchez Ocaña.

Suenan los gritos á miles ;
 y al ver tales chanzonetas
 va el alcalde á las lunetas
 seguido de los civiles.
 El pueblo, que es liso y llano,
 cree ver en tal ciudadano

un pastor de la montaña
con una pipiritaña,
del tronco de una espadaña
en el buen Sanchez Ocaña.

El alcalde está trinando:
da dos pasos adelante,
y lanza al público un guante (1)
su posición olvidando.
Con accion tan insolente
se rie toda la gente,
y creyéndolo patraña
quiere enviar á Bretaña
á un hombre de la caña
del señor Sanchez Ocaña.

Acaba la confusion,
y el mismo señor alcalde
mas blanco que el albayalde
tiene que pedir perdon:
pues para que mas se afrente
hasta un *civil* le desmiente,
y tarareando la caña
por temor á la guadaña,
se encamina á su cabaña
el señor Sanchez Ocaña.

En agresion tan injusta,
cual nunca jamás la ha habido,
quedó el alcalde vencido;
eso es lo que á mi me gusta.
¿Qué! ¿No hay mas que el *yo lo quiero*
de cualquiera majadero?
Nadie nuestro brillo empaña
cuando razon no le ataña
aunque el fuera le acompaña.
¡Vaya con la guadramaña!
no quisiera mas cucaña
el señor Sanchez Ocaña.

CORRESPONDENCIA.

Albricias, albricias, señor D. Juan de la Pilindrica, que ha venido el correo y tenemos carta de la cotorra.

(1) Metáfora.

— Me alegró mucho, amigo mio. ¿Y que nos dice de nuevo?

— Una cosa muy rara, señor D. Juan. Dice que la enviemos dinero, porque todo lo que llevaba tuvo que entregarlo por derechos de puertas á su entrada en Barcelona.

— ¿Y que tiene eso de particular?

— Como que no tiene nada de particular? ¿Le parece á usted racional que una cotorra necesite pagar derechos de puertas para entrar en un pueblo?

— A mí no me parece regular nada que tenga relacion con esa monstruosa y anti-liberal esacion, porque yo quisiera destruir todas las aduanas, todas las puertas y todas las murallas del mundo; pero ¿no paga un buey contribucion cuando entra en Madrid?

— Si señor, pero un buey es un buey.

— Cierto; y una cotorra es una cotorra.

— Quiero decir que una cotorra es un vicho tan pequeño y tan insignificante que no debería pagar un maravedí.

— Por ese lado no vas bien; porque mas insignificantes y mas pequeños son los canarios, y sin embargo no hace muchos dias que por entrar un canario en Madrid ha tenido su dueño que aflojar una peseta.

— ¡Qué barbaridad! pues no vale tanto el canario. ¡Una peseta! ¡Una peseta por un canario! ¿Sabe V. cuánto costaria introducir un elefante?

— Eso es incalculable: echa tú la cuenta de los canarios que contiene el cuerpo de un elefante, y suma las pesetas.

— Ya, ya, en toda mi vida ganaré yo tanta plata. Pero oigamos la carta de la cotorra escrita desde Granada:

«Mi querido *Tío Camorra*: He estado en Lorca, donde los vecinos gozan todas las ventajas propias de la era de felicidad que empezó en 1844, y estan muy contentos de haber pagado un 64 por 100 de contribucion, gracias á la igualdad y pureza con que ha verificado el repartimiento la Junta de peritos, que mejor podia llamarse la Junta de camuesos de aquella ciudad; pero tienen el consuelo de que algunas personas que han compuesto dicha Junta de peritos, que tambien podria llamarse Junta de ciruelos de Lorca, y muchos parientes y paniaguados de los junteros habrán pagado un 3 por 100 de lo que les correspondia. Si oye V. decir que se han arruinado con el sistema tributario los señores D. Blas Cytier, D. Andrés Ferrer, Doña Mariana Molina, Doña Juana Bautista Rocafull, D. José Moreno, D. José Salinas y los demas que han hecho el reparto, diga usted que es falso, que aunque han sido peritos no son cermeños.

No estan menos satisfechos los vecinos de Lorca, de un tal Don Francisco Ruiz Begel, á quien se dió el año pasado la administracion (de acuerdo con el Intendente de la provincia) del vino, aceite, aguardiente y carne, siendo uno de los teniente-alcaldes malamente llamados constitucionales; porque ha de saber V. que el tal Begel ha sido militar y se retiró del servicio el año 1834, la época mas a pro-

pósito para descansar los amantes de la Constitución. A este individuo le dan allí el nombre de *Canelo*, porque cuando no tenía otro traje que el uniforme, solía llevar una levita raída de color de canela, que sin embargo no tenía de canela mas que el color. Este señor no ha tenido hasta el año 43 otro recurso que su paga, y con eso está dicho el hambre que habrá pasado; pero desde que tomó la mencionada administracion de pertrechos para el estómago se ha equipado completamente de trages de todos colores, menos el de canela, que le ha tomado aversion desde que le pusieron *Canelo*, y ha comprado tierras en lo mejor de la Huerta, y por fin está haciendo una gran casa, que para que sea mas grande, la ha mandado hacer en la calle Mayor. Concluiré lo relativo á este punto, diciendo, que para limpiar y nivelar una plazuela de Lorca, obra que se hizo en un par de meses, se impuso un arbitrio nuevo que no pesó sobre los ricos, ni sobre el vecindario en general, sino sobre los pobres que viven trasportando romeros, atocha (1), leña, boja y yeso; cuyo arbitrio sigue cobrándose al cabo de dos años, y creo que durará tanto como la era de felicidad que atravesamos. Y no crea V. que el tal arbitrio es una cosa de poco mas ó menos; pues por una de las cinco entradas que tiene Lorca, pasaron el dia 1.º de diciembre 140 cargas de romero, 122 de leña, 260 de atocha, 90 de carbon y 60 de boja; todas ellas á razon de 8 maravedises, y 186 cargas de esparto á razon de 24 rs. cada una, lo que da al cabo del año por una sola puerta 4.452,904 rs., que multiplicados por cinco entradas que tiene Lorca ascienden á 7.164,520 rs. anuales, y por consiguiente á 14.329,040 reales en los dos años que van transcurridos; y suponiendo que la dominacion de los moderados durase diez años mas, lo que no es posible, porque yo no la doy de vida ni diez meses, habria venido á costar la referida limpieza de la referida plaza la bicoca de ciento cuarenta y tres millones, doscientos noventa mil reales con corta diferencia.

—¿Qué te parece, amigo *Camorra*?

—Digo que con esa suma ya se puede hacer entrar un elefante en Madrid á razon de 4 rs.... ¡canario!!

—Prosigue tu lectura.

—Continuo.

«Desde Lorca he pasado á Jerez de la Frontera, donde se lee el *Tio Camorra* públicamente en los cafés, siendo cada vez mayor el número de los oyentes y de los suscritores, pues dicen que es el verdadero intérprete de la opinion liberal, y que aprecian tanto al paleta de Torreledones que ya en 1843 bastó su nombre para ponerle en candidatura para diputado, candidatura que obtuvo mayoría en la ciudad, á pesar de lo eliminadas que estaban las listas electorales.»

(1) No crean ustedes que sea la virgen de Atocha, sino una planta cuyas hojas sirven para hacer esteras.

— Pues si obtuviste mayoría, amigo *Camorra*, cómo no viniste á representar á los jerezanos en el Congreso? — Porque me hicieron una jugarreta en los distritos, Sr. don Juan; una de esas jugarretas que acostumbran los moderados en todos los tiempos, y principalmente cuando dan con un enemigo que no dejaría pasar ninguna de sus maldades. Por lo demás, yo viviré eternamente agradecido á los jerezanos y les daré siempre que esté en mi mano, pruebas de mi reconocimiento. Prosigamos con la carta de la *Colorra*.

— Dicen en este pueblo que desean ver cómo el *Tío Camorra* se ocupa de la clase proletaria, y yo he contestado que me suministren los datos que quieran, pues el *Tío Camorra* no desea otra cosa que servir á la clase á que pertenece. A propósito de la polémica con el *Clamor*, dicen también que están de acuerdo con todo lo que V. dice en su artículo de la *paliza* 16, que tiene por epígrafe «cuestión de principios» y ha incomodado sobremanera la contestación pedantesca del señor Corradi por dos razones: la primera porque siempre acostumbra á hablar en ese tono de empalagoso catequístico, dando lecciones á quien sabe más que él, pues en la comparación que hace del cuerpo humano con el cuerpo social, prueba que entiende tan poco de fisiología como de política, y eso que en política no da palotada. Sobre todo, ha incomodado mucho que conteste en la gacetilla, porque esa es una muestra de desdén propia de gente vana que no puede disimular su despecho; y por último, todo el mundo ha creído que es una simpleza el decir que el *Tío Camorra* y el *Clamor* van á un mismo punto aunque por diferentes caminos, porque es falso, tan falso como que los redactores del *Clamor* se dirigen á S. Petersburgo y el *Tío Camorra* á los Estados Unidos. Si tiene V. necesidad de llenar papel, no le faltará material. Diga V. que estoy en este pueblo, en que Roncalir sacaría fatigazos á los que no se le quitaban el sombrero, y que antes de ir á Madrid pienso dar un vistazo por la Coruña. Y no canso mas por hoy; dé V. memorias á D. Juan de la Pilindrica y la enhorabuena al Pollo, que ya sé que trata de verificar su enlace el día despues de Reyes, y que me alegro mucho de su felicidad. Es de V. etc. etc. — *La Colorra*.

— Ya ve V., Sr. D. Juan, cómo entienden en Jerez de la Frontera los principios políticos del partido progresista, y qué filípica pegan al señor Corradi.

— Me alegro y lo siento.

— ¿Cómo es eso?

— Digo que me alegro, porque el señor Corradi, por ese carácter de superioridad que quiere tomar tan infundadamente, se hace digno de la reprimenda que lleva en esta *paliza*; y digo que lo siento, porque basta que sea progresista para que yo vea con sentimiento lo que se le dice, que es por otra parte muy merecido.

— ¿Y quien tiene la culpa? El señor Corradi, que viene sin ne-

cesidad dando lecciones al *Tío Camorra*, que no necesita para nada ni ha solicitado tales lecciones, y que si de los dos habia alguno de ser discípulo, no seria el señor Corradi quien desempeñara la plaza de maestro, ni en politica ni en literatura, ni en natacion ni en gimnasia, y estoy por decir que ni aun en esgrima.

— Ya, ya; pero ese párrafo le ha puesto á consecuencia del ataque que recibí en tu última *paliza*.

— Sí, pero aquel ataque fué provocado por la profesion de fe que hizo el *Clamor* cuando nadie le pedia semejantes esplicaciones, y de todos los periódicos progresistas le puedo asegurar que no hay uno que esté de acuerdo con el *Clamor* en los principios que manifestó este periódico. Qué lo digan con franqueza.

— Cuando se han callado es prueba de que están conformes con el *Clamor*; porque ya sabes aquello de que el que calla otorga.

— No es verdad; lo que yo sé es, que el que calla no dice nada. Los periódicos progresistas han guardado silencio por no ponerse ostensiblemente en desacuerdo, cosa que estaba ya prevista por el señor Corradi, y por eso se adelantó á esplicar los principios que tan lejos estaban de ser la espresion del partido progresista; pero cuyo abuso merece ser combatido por el *Tío Camorra*, que ofreció en su prospecto no guardar consideraciones á ninguna pandilla y á ninguna persona. Y si no, ¿por qué se ha callado acerca del punto esencialísimo de la Milicia Nacional? Qué diga algo en pró ó en contra; yo no trato de obligarle á que opte por la afirmativa ó por la negativa en esta ni en ninguna cuestion. Sé de positivo que el señor Corradi no quiere la Milicia, que le hace daño, que le horroriza la idea de armar al pueblo; pero que lo diga francamente como yo digo que la quiero y que por mi gusto no habria otra fuerza armada en la nación que la Milicia ciudadana, que tanto pavor causa á los moderados. Creo, Sr. D. Juan, que hemos hablado bastante de este negocio y que debemos dejarlo para cuando la *Costorra* vuelva de su larga peregrinacion.

EL REPARTIMIENTO DEL TURRON

Alerta, ciudadanos,

ya llegó la ocasion, esto no marra

llenad bien vuestras manos

como buenos hermanos,

llevando cada cual su buena barra.

Aunque personas sois de ringo-rango

atestad el zurron, pronto, muy pronto;

que no os haga ayunar algun zanguango;

pues sabeis que este mundo es un fandango.

y si alguno no baila, ese es un tonto.
 Yo bien sé que el servicio
 que el ministerio os preste,
 un duro sacrificio
 es preciso que os cueste.
 Que no podreis comer en estos dias,
 el turrón sin misterio;
 pues luego en gracia á sus acciones piás
 debeis al ministerio
 tocar continuamente las folías.
 Pero no sois chiquillos;
 haced completa fiesta,
 comed á dos carrillos
 ya que tan poco cuesta,
 que un golpe os bastará de buena orquesta.
 ¿Qué os importa á vosotros, francamente,
 tan estupenda hazaña,
 si os rellenais de un modo tan decente,
 mientras sucumbe de miseria España?
 ¿Qué os importa loar á ese gobierno,
 si por su mediacion llevais buen traje,
 y para echar despues mejor pelage,
 os brinda con turrón en el invierno
 y os llena en primavera de forrage?
 Nada, nada, señores,
 no temais de la guerra el gatuperio;
 con cantad con mil amores
 himnos de gratitud al ministerio.
 Llamad á D. Ramon hombre profundo,
 y decid que no hay ministro que le iguale,
 porque es de los ministros de este mundo
 el que dá mas turrón, el que mas vale.
 Cuando Sartorius hable en el Congreso,
 aunque diga (que pæde) una burrada,
 direis que es de la corte el embeleso,
 y dareis cada cual una palmada.
 Haced, si eso os conviene, la mamola
 á ese atroz Asmodeo
 que llaman Arrazola,
 hombre tan rencoroso como feo;
 á pesar que lo es tanto, tanto, tanto,
 que es un feo elevado al infinito.
 nunca puedo mirarle sin espanto,
 pues me parece mas que el mismo Tito,
 Pero eso nada importa; yo no quiero
 negaros el permiso
 de mentir si es preciso,

diciendo que Arrazola es un lucero. **Y en fin, para lograr vuestra fortuna,** aunque el fin que os llevais de lejos **huelo,** debéis aconsejarle la vacuna diciéndole que hay peste de viruela. **Para llenar el plato sin faltar á las reglas del dibujo,** podeis hacer tambien un buen retrato del gallardo marqués de Casa-Irujo. **Decidle que su charla al mundo abruma,** que aturden á cualquiera sus agallas, que ha dominado la elocuencia en suma, que oscurece á Cervantes con la pluma, y eclipsa á Bonaparte en las batallas. Solo con decir esto, y la arenga es bien corta, direis muchas mentiras, por supuesto, pero valdrán turron, que es lo que importa. **Para Beltran de Liss,** porque le gusta podeis ir discurriendo algun embuste, que si la fama póstuma á que aspira va por tan buen camino asegurando no verá si es verdad ó si es mentira. ¿Qué le direis á Orlando? quebrantad el precepto; que aunque cosa parezca mal pensada podeis pasaros sin decirle nada y le hareis un favor en mi concepto. **Y despues el final es muy sencillo** prodigad el incienso sin medida al finchado señor Bravo Murillo, con lo cual la mision está cumplida. **Echais mano al cachillo** con mas facilidad que yo lo ensarto llevais una romana por delante y entre vuestros amigos el reparto empezais de lo rico de Alicante; diciendo en un acorde de la orquesta como el que de una accion sale triunfante al de esto que no nos cuesta nada mas justo que llenar la cesta. **¡Zis, zás!** nada os detenga, turroneros; poneos un mandil bien apretado como suelen hacer los cocineros sin que de la nacion os de cuidado y manos á la obra; tajo aqui, tajo allá, no haya tu

antes que llegue el día

de vomitar lo que comeis de sobra.

No hay que gruñir cual perro que se irrita

con la mirada atroz de un basilisco

viendo que su ración otro le quita

y sobre el sin piedad se precipita

castigando al ladrón con un mordisco.

Cada cual rebotando en alborozo

sin tratar de saber cómo y por dónde

cuidé tan solo de cazar su trozo;

que no os arguya nadie de avaricia;

repartiroslo en paz cual corresponde

y comedlo con *orden y justicia*.

Estos son los preceptos del coplero

que tiene autoridad de turroneo;

hombre con alma y cuerpo de madama

que tan injusta fama

gozaba en algún tiempo de otra cosa,

y á quien el vulgo llama

D. Francisco Martínez de la Rosa (1)

PORVENIR

¿Qué le ha parecido á V., señor D. Juan, la discusión del Porvenir acerca de la influencia de la poesía en las costumbres públicas?

— Bien; muy bien.

— A mi me gustó bastante la parte de discurso leída por el señor Luna.

— Querrás decir Estrella, hombre.

— Sí, señor, eso quise decir, y no es grande la equivocación; porque la luna y las estrellas vienen á ser una cosa muy parecida.

— Ya, pero no es lo mismo una cosa que otra. También en la última paliza, hablando de la fuga de los presos del Saladero, dijiste no sé qué cosas de Pepe el Nene en lugar de Antonio García el Nene, y es muy diferente lo uno de lo otro, como que Pepe no estaba preso, y sí Antonio, que es el que se ha escapado.

— Una equivocación cualquiera la tiene, señor D. Juan.

— Es cierto, y mucho más cuando las cosas son sinónimas ú homónimas.

— A mí no me venga V. con andróminas, señor D. Juan, que

(1) Hoy debía repartirse una viñeta análoga al asunto de estos versos; pero no habiendo podido hacerse por la premura del tiempo, se repartirá con la próxima paliza.

tienen ustedes los lechuguinos un lenguaje incomprendible para las personas regulares. Yo digo que el señor Estrella, aunque no sea luna, nos iluminó bastante antes de anoche con sus luces, y que tengo deseos de ver el fin de su bonito discurso.

— El señor Camús contestó de palabra con gran facilidad y elegancia y con porcion de citas que prueban su erudicion, sosteniendo que la poesía no ha influido nada ni influirá jamás en las costumbres; que al contrario son las costumbres las que influyen en la poesía, y que si la poesía ejerce alguna influencia es débil, porque la ejerce reflejando, por decirlo así, la luz que ha recibido, de lo cual infiere el joven elocuente señor Camús que cada poeta es la espresion de su época.

— Le aseguro á V., Sr. D. Juan, que me agrado extraordinariamente el señor Camús, á quien en la discusion de esa noche solo puede oponerse el señor Principe, orador de otro genero, menos vaporoso, menos vivaz; pero no menos correcto y desde luego mas lógico en mi concepto en algunos puntos del debate. A la idea de que cada poeta sea la espresion de su época, emitida por el señor Camús, contestó el señor Principe manifestando la diferencia que se observaba entre ciertos escritores contemporaneos, citando á Horacio poeta modelo de cultura y dignidad en contraposicion de Ovidio, licencioso y hasta escandaloso, deduciendo de aqui con mucha razon, que si uno de los dos poetas era la espresion de su siglo, no podia serlo el otro ni ambos á la vez, argumento que en mi opinion nadie refutó victoriosamente, y del cual se deduce que los hombres de genio tienen una vida propia y que lejos de deber nada á los demas, son ellos los que imponen leyes al mundo.

— ¿Y cómo no tomaste tú, la palabra?

— Deje V., que la cuestion ha sido aplazada para otro dia, y tiempo tendremos para todo; lo que yo quisiera hoy, seria tomar la palabra para preguntar al gobierno por qué razon á un mocito llamado D. Patrocinio Coello, sin merito ninguno, le han agraciado con la administracion de la importante estafeta de Jaen, quitando para ello al que la servia, D. Cristóbal Frontin, buen empleado y de algunos años de servicio. ¿Si sera en recompensa de los elocuentes discursos de D. Diego?

— No lo creas, eso consiste en que Sor Patrocinio es cuñado de Olivan, quiero decir D. Patrocino, que no puedo nombrar á este señor sin acordarme de la monja de los milagros. ¿Si padecerá este individuo la misma enfermedad que la monja? Bueno estaria

Editor responsable, D. FRANCISCO SALES DE FUENTES.
